

# Sobre el espíritu clásico del Greco

Nuestro paisano Crisanto Lasterra defiende, garridamente, la peregrina tesis del sentido clásico en el Greco. Y he aquí la primera extrañeza: Lasterra con una argumentación del más castizo aire aquinatense —tradicionalista— nos ofrece una doctrina cuasi revolucionaria, como es la del espíritu clásico en la pintura del Greco. Lo que nos confirma en la idea de que, a veces, la revolución no es más que la violenta sacudida del retroceso para reencontrar el camino, en el avance alocado. El arte del Greco se ha adjetivado de múltiples maneras, con una sola exclusión: la manera clásica. Se ha dicho que su arte es místico, exaltado, patético, delirante, sombrío, melancólico, romántico, barroco. Nunca se había dicho que fuera clásico. Constituye, pues, tesis revolucionaria ésta de Lasterra que tan garbosamente defiende el clasicismo del genial pintor toledano. El reconoce en su libro: "Quizá este propósito de apuntar un sentido clásico en la obra y los métodos de Dominico Greco promueva un instantáneo estupor. Hay nociones comunes por demasiado sencillas de las que siempre nos cuesta desasirnos". El argumento demostrativo que utiliza Lasterra es del más limpio abolengo aristotélico: lo clásico es "esto": y como el arte del Greco es "esto": resulta que el arte del Greco es clásico. El argumento, como construcción lógica, no tiene vuelta de hoja, siempre que coincidamos con él en la hoja, es decir en que lo clásico es lo que él sostiene que es. De aquí que el aspecto revolucionario de su tesis no tanto consiste en la manera de enjuiciar la pintura del Greco, cuanto en la manera de definir lo clásico. Dice él en su libro: "Estamos tan habituados a considerar como rasgos característicos del arte clásico, de un lado, esa actitud convencional de imperturbable serenidad, momificada y sin entrañas, ante los dramáticos temblores de la vida; del otro, una especie de adoración, de culto casi exclusivo de la

forma por encima de las ideas y los sentimientos que traduce— y aun aquella forma entendida en el insoportable sentido moderno de ornato o superficial revestimiento— que forzosamente, cualquiera otra proposición ha de antojársenos incómoda, confusa y complicada" (1). ¿Qué es, pues, lo clásico en arte? Lasterra, con previsión plausible, reconoce que "sería pueril, sin embargo, pretender condensar en simples definiciones de manual el vasto y complejo problema que plantea el clasicismo" (2). Con todo, Lasterra va derecho a la esencia del problema. Y así, en la página 56 encontramos esta definición de lo clásico que consiste en la "feliz integración por virtud de la cual, los impulsos de nuestra sentimentalidad quedan sujetos al gobierno de una superior entidad intelectual". El clasicismo para expresarlo con frase del autor es: "una disposición mental y un estado de ánimo" (3). Hemos de ampliar estos conceptos para su más acabada inteligencia. Expone el autor las tres maneras que tenemos de situarnos ante el mundo. Una, la que otorga preponderancia a los sentidos y en la que la sensibilidad ejerce un imperio inseguro. Otra, la que se guía por los puros productos mentales y se abandona a un idealismo estéril. La tercera, que es la perfecta, consiste en saber integrar todas nuestras facultades, equilibrando las influencias de las dos primeras maneras, no siendo ni el bárbaro que se entrega a los impulsos pasionales, ni el asceta que los extirpa, sino el que hace prevalecer la mente ordenadora sobre la pasión, sometiendo las cosas al espíritu, jerarquizándolas, atemperándolas a normas eternas y objetivas. Estamos dentro del neoplatonismo. Mejor, todavía, dentro de la estética esencial de San Agustín cuando dice: "**nihil enim est ordinatum quod non sit pulchrum**" —todo lo que está supeditado a orden, es bello—. ¿Quiere decir esto mismo Benedetto Croce, cuando escribe: "El arte, pues, no será representación simple sino representación de un juicio que asigna su valor y su puesto a todas las cosas, iluminándolas con la luz de lo universal"? (4). Pero Croce no da puesto a la razón reflexiva en el arte que para él consiste en "pura intuición lírica" (5).

(1) "El sentido clásico en el Greco". Espasa-Calpe, 1942

(2) *Ibid.*, p. 48.

(3) *Ibid.*, p. 49.

(4) "Breviario de Estética" col. Austral, p. 142

(5) "Breviario de Estética" col. Austral, p. 143

Mas volvamos al Greco. Explanado el concepto de lo que es

lo clásico en el arte, Lasterra nos explica cómo el Greco se ha guiado en su arte por ese concepto. El Greco, nos dice, "es el hombre inteligente que, abierta su sensibilidad al espectáculo innumerable del mundo, sabe oponerle las vivas reacciones de su espíritu" (p. 70). Y líneas adelante: "También él percibe, con percepción extremadamente delicada, los encantos de la duración, las músicas, los colores, el efecto de las aventuras, los mil accidentes e impresiones de que está lleno el vivir y que constituyen como la dimensión superficial de la existencia. Pero si acepta su necesidad y su encanto, no se complace morosamente en ellos". Todavía concreta más el pensamiento: "La inteligencia insatisfecha del artista pide a las cosas, además, un poco de sustancia perdurable. Quiere sacar a luz lo que en ellas hay de realidad eterna. Ahora bien; esta sustancia, esta realidad habita más allá de las manifestaciones inmediatas y su conocimiento requiere órganos de captación más finos que los de los sentidos" (ps. 70 y 71). Por eso, llega a esta conclusión: "lo que el Greco nos ofrece no es la representación de la vida española de los siglos XVI y XVII con su coloreada variedad. Algo más consistente y duradero late en sus lienzos prodigiosos. Lo que el Greco nos revela en ellos es la razón misma de aquella vida, es el alma que la informa, el secreto del alma española" (ps. 71 y 72). Todo esto es tomismo: la mente cosecha la mies magnífica que recogen los sentidos, primeros colaboradores de nuestras ideas: luego selecciona, criba, ordena y abstrae. Acertadamente Lasterra reproduce el dicho de Barres, ante el Greco: "Nos encontramos en plena metafísica española". Pero también Leonardo y Rafael coinciden en que la pintura es arte regida por la mente. No una vez, sino varias veces, Lasterra consigna las calidades del arte pictórico del genial cretense: "una actitud profundamente reflexiva y una invencible propensión a elevarse por encima de la realidad cotidiana"; (p. 84) "él no puede separar en el alma española lo temporal de lo eterno"; (p. 89) "si hay algún pintor que nos da la sensación de concebir, componiendo, este pintor es el Greco"; (p. 100) "concepción del arte acendradamente intelectual, espiritualmente realista y auténticamente humano"; (p. 107) "el Greco queda ahí, con la gloria de su presencia, siempre eminente, y su lección profunda. Que es,

en definitiva, lo que hace la verdadera gloria de los clásicos" (página 122). Pero Crisanto Lasterra no se limita a estas apreciaciones esquemáticas y generales. Ante cada cuadro, ensaya la comprobación de su tesis. En el "**Martirio de San Mauricio**", vemos cómo una "tensa voluntad estética" sujeta los impulsos "a esas leyes inexorables de la composición que son las leyes del orden y de la forma" (p. 86): "**El entierro del Conde de Orgaz**" nos revela "el fondo reflexivo del artista y el método minuciosamente razonado de su técnica" (p. 88): en "**El Expolio**" es "el artista genuinamente "greco", relegando a un minimum de efecto las reminiscencias italianas y restituyendo la composición a los principios que nutrieron su formación bizantina" (p. 94): "**La Trinidad**" es como "un friso de figuras estrechamente enlazadas, en apretado haz, según el sistema constante del autor, pero perfectamente lógicas" (p. 96): con "**Jesucristo en la Cruz**", que ha motivado tan copiosa literatura sobre el estilo atormentado del Greco, nos ofrece un "ejemplo de sobriedad, de sencillez y de beatífica quietud" (P. 97). No deja de reconocer que algunos cuadros como "**El Bautismo de Cristo**", "**La Resurrección del Señor**", "**Pentecostés**", "**La Asunción de la Virgen**", quebrantan la normalidad habitual de las formas y el dibujo adquiere un dinamismo acelerado, pero aun en estos, "líneas, luces y volúmenes ajustan sus ritmos al movimiento intrínseco de la obra, perfectamente articulados por un austero imperativo de unidad que condena y proscribte toda vana tendencia a la vana dispersión" (p. 100). En una encantadora página, de sobria belleza descriptiva, el autor nos presenta al Greco, caminando pausada y meditativamente, todos los días, al atardecer hacia el jardín del palacio arzobispal. Allí, el aroma de los pinos y el perfume de los naranjos que hacen olvidar "la aspereza esquiva del paisaje", convidan a la plática con Tirso, con Lope, con Palavicino, con Cervantes, con Góngora, con Rivadeneyra...

He aquí, pues, todo un estudio sobre el famoso Greco. A fe que no es un estudio más, sino un estudio que nos ofrece una nueva imagen del genial artista toledano. Por de pronto, su criterio sobre el arte es de abolengo clásico: la mente

disciplinando los impulsos pasionales y sujetándolos a norma. Lo pasional es lo efímero: la mente selecciona lo que es perenne en el fluir impresionista. Lope cifra la máxima excelencia del arte pictórico en dar

"cuerpo visible a la incorpórea esencia",

"El arte —opinaba Jáuregui— no pretende sólo corpulencias, sino vidas y espíritus". Recientemente, Guillot Carratalá ha escrito: "Yo encuentro lo divino en toda la pintura religiosa del Greco y puesto que pintaba almas, éstas no podían pintarse con esa humana morbidez y nutridos músculos como lo han hecho la mayoría de los pintores. Que sus figuras alargadas obedecen a una afección visual, a un astigmatismo, según describe el señor Tentenoch en 1914, yo opino como el Dr. Márquez que al final de su trabajo estudiando este caso tan trascendental, dice: "Nosotros hemos observado pintores y dibujantes fuertemente astigmáticos que dibujaban los objetos en su forma normal". Con motivo de celebrarse en septiembre del pasado año la fecha centenaria del nacimiento del Greco, leí varios artículos de los críticos Manuel Abril, Francisco J. Sánchez Canton, Eugenio D'Ors, con algunos otros estudios de Alejandro Everts, Antonio Marichalar, María Luisa Caturla (6). Todos ellos coinciden —excepto D'Ors que sigue impertérrito en lo de "zumos de Dios y de crepúsculos"— en estimar al Greco de modo que implica una rectificación sobre los modos vigentes hasta la fecha. Quizás, como parece deducirse del texto de Jiménez Placer, la crítica olvidó los testimonios de Francisco Pacheco en su "Arte de la Pintura" sobre el Greco y que ciertamente nos dan una imagen del pintor, más parecida a la que nos ofrece Lasterra que a la que ha predominado desde fines del siglo XIX. Se trata, en realidad, de una imagen que no nos es desconocida en la España, cuyas pulsaciones vehementes y robustas, captó el Greco. Un sermón de Paravicino, cualquier capítulo de "La Hermosura de Dios" de Nieremberg, una estrofa de Góngora, un pamfletito desgarrado de Quevedo y, sobre todos, la silueta alargada, febricitante y razonadora del Quijote nos dan esa extraña sensación de una lucha tremenda entre el desvario colorista y opulento contra la mente serena que no se deja vencer y que impone con brida tensa, la norma y el orden. La belleza es selección, ordenación y pulimento de formas, coetáneas de las esencias de las

(6) "Santo y Seña" núm. 5.

cosas. Las cosas surgen, al surgir las formas. Esta doctrina de Lasterra es también agustiniana: "**materiem quidem de omnino nihilo: mundi autem speciem de informi materia, simul tamen utrumque** fecisti: **ut materiem forma, nulla morae intercapedine, sequeretur**" (Conf. Lib. XIII, cap. XXXIII) —"creasteis de la nada la materia y de esa materia informe hicisteis la forma del mundo, creando, sin embargo, juntamente la materia y la forma de tal manera que la materia no precedió a la forma con prioridad alguna de tiempo"—. José Camón Aznar (7) nos diría que los críticos finiseculares del Greco no eximieron su obra de arte de "alusiones temporales y de toda simpatía o repulsa del espectador" y por esa razón no comprendieron lo que es ella en sí "ni la porción de eternidad que hay en ella".

Cábele, de todas suertes, a nuestro paisano Lasterra el mérito indiscutible de haber mantenido con postura gallarda, serenamente razonada, una tesis valiente respecto al Greco. La polémica rondará en torno al libro. Tendrá o no tendrá razón. Pero a salvo quedarán siempre su cultura notoria, su razonar firme, su original aprehensión de una rara, genial y discutida obra de arte, porque al fin, las palabras sentenciosas de Sánchez Cantón, parecen definitivas (8): "La complejidad de un artista genial da lugar para advertir en sus obras ecos de voces muy diversas, hasta de algunas a las que quiso cerrar los oídos. La facultad crítica está ausente de los grandes artistas, y tanto más cuanto mayores sean sus dotes creadoras: que no se crea sin pasión, ni se juzga rectamente con ella".

**Eladio ESPARZA.**

(7) "El Arte desde su esencia" Edic. Partenon. Zaragoza 1940.

(8) "El Greco, crítico inconsecuente de Miguel Ángel"—"Santo y Seña", núm. 5.